Regreso a Birmania
el país de la pagodas doradas

Monjas birmanas recorriendo a primera hora de la mañana el mercado de Pagán, para conseguir sus alimentos diarios de las donaciones de la población.

Se iniciaba la década de los ochenta cuando, en las últimas estribaciones del Himalaya, allí donde habitan las tribus nómadas tailandesas todavía ligadas al cultivo del opio, comenzó a rondarme la idea de visitar el vecino país de Birmania.

Texto y fotografías: Román Hereter

Una italiana que se disponia a visitarlo fue la responsable. Sus fabulosas descripciones de las pagodas doradas, de los campos de arroz sembrados con la ayuda de los búfalos de agua, de los restos arqueológicos, de los ríos anchos y caudalosos y, sobre todo, de unas gentes casi intocadas por el turismo, sembraron la semilla de un sueño que habría de acrecentarse con el tiempo.

El sueño de visitar un país casi virgen y que, por ello mismo, supone una gran paradoja. Porque si bien Tailandia nunca tuvo que soportar el peso de colonia inglesa, es Birmania el que se ha mantenido más puro, no habiendo experimentado el desarrollo del vecino reino de Siam, hoy día inmerso en una occidentalización galopante.

Por aquellos días, el gobierno de Birmania sólo permitía la estancia en el país por espacio de una semana, y los viajeros teníamos que aprovechar este corto periodo para ver apenas una fracción de los múltiples tesoros que encerraba. Y luego vino el Golpe de Estado... y Birmania permaneció cerrada algunos años, sumida en la represión, anclada en la burocracia, inmersa en una economia de supervivencia.

En una supervivencia que era, y sigue siendo, paradójica. Porque si bien Birmanaia es muy rica en recursos -agricultura muy productiva, una extensión forestal, riqueza en piedras preciosas y semipreciosas, incluso petróleo...-, el obsesivo control estatal, en perpetua lucha contra la disidencia y la guerrilla en las extensas zonas montañosas y fronterizas, obstaculiza todo progreso. El estado deficiente en que se halla la economía de un país que, en los albores del siglo, era el más rico y desarrollado del Sudeste asiático genera una necesidad creciente de divisas y, tan pronto como el gobierno pudo garantizar la seguridad de los turistas en las zonas más centrales y pobladas del país, volvió a conceder visados a los turistas que más tarde fueron ampliados a dos semanas de duración.

Ocultando mi profesión, ya que no se concedían visados a los periodistas, tramité mis papeles y me dirigí, tan pronto como pude, al país reabierto. A un país que recientemente había cambiado su nombre, el de su capital y el de algunas ciudades y ríos, en un intento gubernamental de dotarlo de unidad en detrimento de los birmanos, el grupo mayoritario. Birmania, en efecto, ya no tiene oficialmente este nombre, por lo menos dentro de sus fronteras, sino Unión Myanmar. La que fuera su capital, Rangún, se llama ahora Yangon y su río principal, el Irrawady, aparece ahora en los papeles y mapas oficiales como Ayeyarwady.

Al airbus de la Thai, que cubría dos veces por semana el trayecto desde Bangkok, estaba lleno a rebosar; personal de embajada, técnicos occidentales, hombres de negocios orientales, algunos tailandeses, unos pocos birmanos bien situados y apenas una quincena de turistas. Al aterrizar, se percibía en el aire una calma tensa que coincidía con la expectación de los locales aglomerados sobre la terraza de la terminal. Los trámites fueron más ágiles de los que me esperaba, pero de inmediato me pusieron en manos de una joven con uniforme verde y dotada de una identificación como guía. Informándome de que era el único integrante de mi grupo turístico, porque las otras dos personas anularon su viaje a última hora, me propuso realizar el trayecto al revés de lo normal. Primero Pagán, después Mandalay y finalmente Yangon. Tanto mejor; temía haber de compartir mis experiencias con un grupo masificado y, a cambio de ello, tendría la ocasión de impregnarme plenamente del país y su gente, sin haber de sufrir influencias del exterior.

Aunque posee pagodas milenarias, la ciudad de Yangon fue urbanizada durante el periodo colonial británico. Era el máximo exponente del sistema socialista, sus calles estaban repletas de militares y las normas eran muy estrictas. Era mejor dejarla para el final, por lo que me trasladaron a la estación de ferrocarril. La consigna fue "nada de fotografías". El expreso nocturno de Mandalay salió puntualmente, poco después del control de la lista de pasajeros que efectuaba la policía. Unas butacas reclinables y unos ventiladores en el techo, alternados con lámparas fluorescentes que atraían a los mosquitos, constituían toda la comodidad de la clase más lujosa; nada que ver con nuestros trenes locales. A medida que el tren se alejaba del centro de Yangon, iban desfilando los barrios periféricos, formados por casas de madera construidas sobre palafitos y levantadas sobre zonas encharcadas donde se cultiva el arroz. Es la gran cuenca del río Ayeyarwadi que cruza Birmania de Norte a Sur y acoge a la población propiamente birmana, el 70% de los habitantes del país. Las otras étnias, mucho menos numerosas, habitan en las zonas más remotas y montañosas, en un territorio que, ocupando 454.300 Km2, representa el 67% de la superficie total de Birmania. Se llaman Kachin, Kayah, Karen, Mon, Loa, Arakanese o Sham, y su cultura y su idioma poco o nada tiene que ver con el mayoritario grupo birmano.

En la página de la izquierda, la Pagoda Shwezigon, cerca de Bagan, en el que según la tradición, se custodian la clavícula, un frontal y un diente de Buda. Abajo a la derecha, cúpula del templo Ananda.

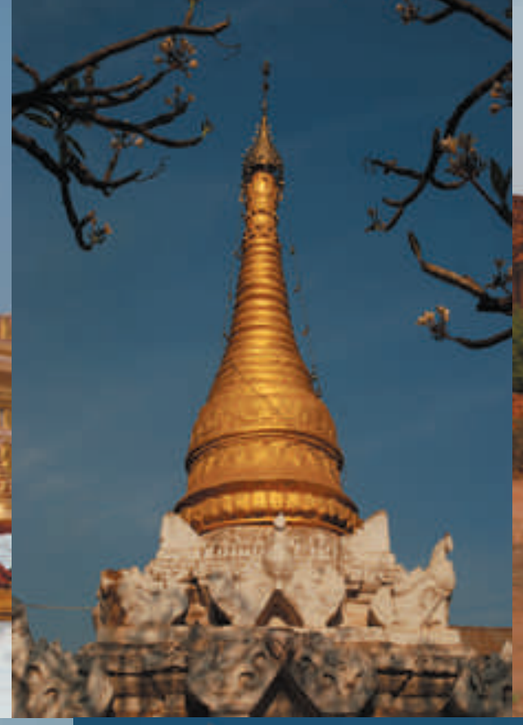
Mientras los niños jugueteaban a su alrededor, los adultos permanecían expectantes ante al paso del ferrocarril. Hacia las siete se inició el ocaso, y a las ocho menos cuarto sólo nos acompañaba la luz de la luna llena que se reflejaba en los campos inundados. Las estaciones de tren me recordarían a las de la India si no fuera por los monjes budistas ataviados con sus túnicas granates. Eran las cinco de la mañana cuando empezó a clarear. Un paisaje de fábula saludaba el nuevo día mientras el horizonte se engalanaba con toda la gama de verdes. Tímido detrás de las nubes, asomaba el sol naciente mientras los campesinos se dirigían a sus campos para iniciar la jornada. Iban montados en viejas y robustas carretas de madera, tiradas por búfalos de agua o por bueyes que avanzaban a paso lento por el camino tantas veces pisado. De la misma manera que lo habían hecho durante siglos y siglos, como si nada hubiera cambiado. Únicamente el ruido del tren recordaba el siglo veinte pero nada indicaba si se trata de sus albores o de la década de los noventa. Y fue entonces cuando comencé a prendarme del país, a introducirme en su esencia, olvidando la época en que vivía y de la que parece que, por momentos había conseguido escapar.

A las seis menos diez de la mañana el tren llegó a Thazi. Bajaron unos veinte autóctonos y un solo extranjero: yo. La policía tomó nota y me condujo hacia el exterior donde un viejo autobús de dieciséis plazas, su conductor y un guía me esperaban para llevarme, en servicio exclusivo, a la ciudad de Pagán. Los árboles que flanqueban la ruta me recordaban los que durante mi infancia proyectaban su sombra sobre nuestras carreteras. Los campos de arroz dieron su paso a los de legumbres, pero las carretas proseguían su paso lento. Llegamos a Meiktila, donde a las orillas de un ancho río se cruzaron en mi camino las primeras pagodas blancas cubiertas por doradas coronas. La actividad del mercado, el ir y venir de las bicicletas y el trasiego de los monjes budistas en busca de arroz contrastaba con la tranquilidad de los campos que se sucedían en el camino hasta llegar a Pagán.

Inmenso campo de pagodas

La llaman la ciudad de los cuatro millones de pagodas. A orillas del río Ayeyarwady, se extiende una superficie de 42 Km2 completamente cubierta de ruinas que forman uno de los conjuntos arqueológicos más impresionantes del mundo y que, junto a la ciudad de Angkor, en Camboya, es uno de los más importantes de Indochina. La profusión de ruinas testimonia el esplendor que alcanzó la antigua capital birmana entre los siglos XI y XIII, hasta ser abandonada en favor de Ava en 1369. Pagán fue fundada en el año 107 d.C., sucediéndose en su reinado un total de 55 monarcas, aunque su período de mayor esplendor no se inició hasta el 1044 con la subida al trono del rey Anawrahta que, tras conquistar Thaton, trajo aquí un sinfín de artesanos y monjes, y 30 elefantes cargados de escrituras budistas. Dos mil doscientos edificios de piedra fueron construidos entre los siglos XI y XIII, adquiriendo durante este periodo una posición de gran privilegio y un inmenso renombre como centro budista en todo el continente asiático. Y, aunque en 1287 la ciudad fue saqueada por las tropas de Kublai Khan, sus restos reflejan aún hoy su perdida grandeza.

Tan sólo 5.000 habitantes poblaban la ciudad de Pagán, quedando por completo diluidos en el inmenso campo de estupas. Caminar entre ellas, subir por las estrechas escaleras interiores de alguna de ellas y contemplar desde lo alto todo el paisaje resultó una experiencia inolvidable, única. Lejos de las aglomeraciones turísticas a las que nos tienen acostumbrados países como Egipto, México o Grecia, el viajero se sentía a solas con la historia, se hacen compañero único del pasado, explorador adelantado hacia la grandiosidad del exotismo. El silencio absoluto, el lento descenso de las aguas del río, la brillante puesta de sol en el horizonte, creaban una atmósfera cargada de magia que llega a su punto álgido cuando, en la distancia, apareció tímidamente la lluvia y sobre las estupas se dibujó el arco iris. Era un mundo sin prisas, sin automóviles, sin turistas, que te enfrenta a la



A Pagán la llaman la ciudad de los cuatro millones de pagodas. Fue fundada en el 107 dC y se sucedieron en su reinado un total de 55 monarcas, que dejaron hermosos templos diseminados por los 42 kilómetros cuadrados de superficie. Desde el templo Ananda, hasta el Dhammayangayi, el viajero no deja de sorprenderse a la vez que mira constantemente hacia el cielo.

eternidad. Pero la estática visión del conjunto, del horizonte plagado de ladrillos y de agujas que miraban al cielo, no podía hacer me olvidar que debía pasar revista a sus templos, observar sus imágenes, admirar sus pinturas, respetar a sus fieles, escuchar su plegarias... No todos los templos, por supuesto; aún quedan en pie 4.000 y era obligado elegir.

Uno de los más venerados es el templo Ananda, una enorme construcción de blancas paredes que alberga cuatro estatuas doradas que representan a sendos Budas de pie. Construído en 1091 con planta de cruz latina, está cubierto por una cúpula dorada, muy trabajada, y su iluminación interior viene resuelta por un ingenioso sistema de ventanas que dirigen sus haces de luz hacia cada uno de los Budas que flanquean los muros.

Otro templo, el Thatbyinnyu o de la Omnisciencia, es el más alto de Pagán y constituye una privilegiada atalaya para comtemplar la magnitud del entorno; su construcción, a mediados del siglo XII, se debe al rey Aulangsithu. Por su parte, el templo Gawdawpalin, un poco más pequeño y construído algunos años antes -entre 1174 y 1211-, ofrece una vista excelente del río hacia poniente.

La pagoda Mingalazedi es uno de los últimos templos construídos antes de que Kublai Khan destruyera la ciudad, y destaca por los delicados mosaicos de terracota que se encuentran a su alrededor. Otros templos notables son Htilominlo, Upali Thein, Pitakat Taik, Shwegugyi, Ngakywenadaung, Pahto-

thamya, Mimalaung-Kyaung, Bupaya, Mahabodhi, Dhammayangayi... y no sigo, porque la lista sería interminable. Aunque sólo mencionara las construcciones más espectaculares y mejor conservadas. la "Pictorial Guide to Pagan" ayudaba bastante a efectuar esta selección, aunque lo más aconsegable sea quizás in encontrándose los templos uno mismo.

No muy lejos de Pagán, en dirección a Nyaung-Oo, la ciudad más poblada de la región, encontramos la pagoda Shwezigon, un edificio de forma tradicional, totalmente cubierto de oro, que goza de una intensa vida religiosa. Hasta el punto de ser uno de los templos más venerados de Asia ya que, según la tradición, en su interior se encuentra la clavícula, un frontal y un diente de Buda. Un poco más allá visité el Monte Popa, en cuya cima se levanta un monasterio donde se veneran los nats, antiguos espíritus cuya adoración convive con el budismo.

Contento de haber podido admirar Pagán y sus alrededores con absoluta libertad y sin aglomeración

Mandalay es la capital religiosa del país. Su antiguo palacio real, inaccesible por tratarse de zona militar, sorprende desde fuera por sus murallas y foso. Sin embargo puede visitarse el "libro más grande del mundo" y diversos templos budistas.

alguna, me dispuse a partir en avión hacia Mandalay. El pequeño aparato de hélice sobrevoló en paralelo el curso del río Ayeyarwady, mientras los pasajeros reflejaban en sus semblantes la desconfianza en su línea aérea, que poseía el dudoso record de tener el mayor índice de accidentes del mundo.

Mandalay y las demás capitales

Mandalay fue la última capital birmana antes de la colonización británica. Desde aquí huyó su último rey hacia la India en 1885. Hoy es la capital religiosa del país y en la región que la circunda se encuentran otras ciudades que fueron capitales en una u otra época. Ya he mencionado Ava, la capital que sucedió a Pagán y cuyos únicos r estos son el monasterio Maha Aungmye Bonzan y una torre semiderruida de 27 m. de altura.

Al otro lado del río, tras cruzar el puente Ava, se extiende otra antigua capital, la ciudad de Sagaing.

En la página izquierda, monjes budistas de la ciudad de Mandalay, dirigiéndose al comedor de su monasterio para la hora de la comida.

Diversas colinas coronadas por templos enjalbegados de blanco conforman su evocativo paisaje. Desde lo alto de cualquiera de estos templos se obtiene una vista magnífica sobre el río, sobre el puente y sobre Amarapura, otra de las capitales que precedieron a Mandalay. Las diversas construcciones emergen de la exuberante vegetación, mientras el cauce del río se ve surcado de tanto en tanto por frágiles embarcaciones de vela oriental. Al caer la tar de, los fieles acuden a los templo y las calles se llenan de monjes que regresan a sus monasterio.

A once kilómetros al Norte de Mandalay se encuentra Mingún, la cuarta de las antiguas capitales. Si su pagoda hubiese sido ter minada sería la mayor del mundo; entretanto puede vanagloriarse de un récord; el de poseer la mayor campana sin fisuras de todo el planeta.

Mandalay fue la gran capital que encontraron los ingleses cuando colonizaron Birmania. Aunque su fundación es relativamente reciente -1857-, sus edificios civiles, construidos en madera, sucumbieron al pasto de las llamas y no pudieron llegar hasta nuestro días. Del Palacio Real, por ejemplo, sólo quedan sus imponentes murallas y el extenso foso. Su interior se perdió durante la II Guerra Mundial, aunque una maqueta que se expone en el Museo Ar queológico de Yangon permite hacerse una idea de su amplitud y su lujo. Un cuartel militar ocupa hoy su lugar, parapeteado tras las gruesas murallas y r efrescado por el amplio foso que las rodea. Para verlo hay que subir a la Colina de Mandalay , que también ofr ece una extensa panorámica de la ciudad, del río y del paisaje que la circunda.

Los edificios religiosos, en cambio, lograron vencer los ataques de las llamas y el tiempo. Su importancia arquitectónica y su actividad desbordante convierten a Mandalay en la indiscutible capital r eligiosa de Birmania. Uno de ellos, la pagoda Kutodaw, está considerado como el libro más grande del mundo. Erigido por el rey Midón hacia el 1860, en una época en la que no abundaba el papel, en su construcción se utilizaron 729 losas de mármol para inscribir el Cánon Pali, la más antigua escritura budista. Cada losa está recubierta por un pequeño templo encalado que la proteje. Junto con la pagoda central, que también tiene una inscripción a custodia, estos templetes forman un magnífico conjunto de 730 edificios que dejan impresionado al viajero.

Kutodaw es tan sólo una de las construcciones interesantes que se hallan al pie de la colina. Conviene visitar la pagoda Sandarmuni, que presenta a su vez una colección de inscripciones, las ruinas del Atumashi Kyaung o "monasterio incomparable", la pagoda Kyauktawgyi y el Shweanandaw, antiguo palacio del rey Midón y hoy monastrerio, que ha quedado como muestra de la construcción real birmana en madera. Los tejados superpuestos de este antiguo palacio y las filigranas trabajadas en madera son, en efecto, uno de los mejores ejemplos de la orfebrería birmana aplicada a la construcción de edificios.

Pero, si bien los edificios de Mandalay ofrecían el deleite de una visión majestuosa, la visita a los barrios más populares de la urbe no tiene desperdicio. Uno de los más interesantes era, sin duda alguna, el barrio fluvial. Allí vivían las familias más humildes, ligadas básicamente a las labores de transporte y comercio a lo largo del río. Habitando en frágiles casas de madera y de palma, muchas de estas personas se dedicaban al trasiego de maderas nobles.

En el Norte del país hay grandes extensiones forestales que producen maderas de calidad excelente, bien por su dureza o bien, como es el caso de la teca, por su extrema resistencia a la acción de los elementos. Una vez cor tados los árboles, los pobladores de estas zonas selvátivas los llevan hacia el río con la ayuda de elefantes, y después es el propio cauce el que se encarga de transportarlas hacia el sur. Cuando llegaban a Mandalay, los habitantes del barrio fluvial recuperaban los troncos flotantes gracias a la colaboración de los robustos búfalos de agua. Una vez en la orilla eran conducidos a las serrerías. Observar el vaivén de hombres y búfalos, los esfuerzos que requieren el arrastre de los troncos enormes, impregnarse del aroma de la comida preparada por las mujeres y contemplar a los niños haciendo equilibrios por el complejo entramado de pasarelas flotantes, aportaba un magnífico contrapunto a la seriedad religiosa de las pagodas de la ciudad.

En la parte Sur de Mandalay se levanta la pagoda Mahamuni, la más respetada, la más rica, la más venerada. Su epicentro es una gran estatua de Buda, cubierta por una espesa capa de pan de or o. A su alrededor, una profunsión de tiendas ofrece objetos de culto budistas. En el interior del recinto también destacan un gong inmenso, de cinco toneladas de peso, y unas estatuas de guerr eros del imperio Khmer pr ocedentes de la lejana Camboya. Los locales les atribuyen a estas últimas propiedades curativas, y no dudan en frotar contra ellas la par te dolorida de su cuerpo.

Mandalay es también un punto de par tida ideal para varias escapadas a la región central del país, y no sólo a las ya referidas capitales antiguas. Una de estas excursiones conduce a Monywa, a unas tr es horas en autobús. El objetivo del viaje es la pagoda Thandobday, una de las mayores de Birmania y notable por su gran profusión de imágenes de Buda.

Otra excursión conduce al lago Inlé, de excepcional belleza y mundialmente famoso por los bar queros que, para cruza sus aguas, mueven ingeniosamente los remos con los pies. La excursión suele incluir la visita a la aldea flotante de Ywama, inter esante por su mercado flotante, y completarse con la de la pagoda Phaungdaw.

Otra escapada, me llevó a uno de los lugar es claves de la colonización británica: la población de Maymo, que hoy en día recibe el nombre de Pyin Oo

Lwin. Situada a 60 kilómetros al Norte de Mandalay y 800 metros más arriba, fue elegida por los británicos como capital estival para escapar del calor del verano. Puede accederse a ella en ferrocarril, a través de un tendido en zigzag que salva el gran desnivel. Pero resulta mucho más agradable la carretera, especialmente cuando muchos de los habitantes de Mandalay se desplazan a Maymo para pasar el domingo. Un extenso parque con pequeñas cascadas y un jardín botánico capitalizan su atención, pero el viajero occidental prefiere callejear por las principales arterias urbanas. Las casas de madera del más puro estilo colonial, los originales carricoches que todavía hacían funciones de taxis, los aposentos del club de solteros británicos, los restaurantes chinos y las mezquitas musulmanas eran, en efecto, un buen ejemplo del carácter cosmopolita de una pequeña ciudad que, por su relativa lejanía de los centros de la estricta burocracia birmana y la diversidad de las gentes que habitan en ella, respiraba un aire de relativa permisividad.

Mi visita a Maymo coincidió con el domingo y la carretera iba bastante llena, tanto a la ida como a la vuelta. Familias enteras se amontonan en el interior de coches y furgonetas para disfrutar de la jornada de fiesta. Sus mienbros eran, sin embargo, los escasos prívilegiados que podían permitirse el lujo de disponer de vehículo a motor. Algunos formaban parte de la clase dominante del país, otros eran comerciantes con suerte.

La ruta de Maymo a Mandalay estaba jalonada de paradas donde se ofrecen productos agrícolas y flores de todo tipo que competían en ocasiones con las jóvenes birmanas engalanadas para la ocasión. Todo ello me recordaba a los años 60 en nuestro país y es como un viaje en el tiempo. Per o pronto debí marcharme de allí para regresar hacia la capital del país. Nuevamente me habían reservado el expreso nocturno, pero esta vez quise viajar de día. Así pude impregnarme de las inacabables extensiones de los campos de arroz y observar los laboriosos campesinos trabajando sin descanso durante todo el día. Durante el trayecto llovía con insistencia, pero ello no impedía que Birmania siguiera con su ritmo habitual, que los campesinos parasen de trabajar.

Ochenta kilómetros antes de llegar a Yangon se alza la ciudad de Pegu. Hasta que el río cambió de curso era un importante puerto fluvial. Su construcció más notable es la pagoda Shwemawda, la "Gran Pagoda de Dios de Oro", reconstruida en 1930 tras un fuerte terremoto cuyos devastadores efectos se relatan en algunos murales.

Pero la pagoda birmana por excelencia se encuentra en la capital. Se trata de Shwedagon, el templo budista más sagrado de toda Birmania, que domina Yangon desde la cima de una colina de 100 metros de altura. No es una simple pagoda. Es un universo religioso que sobrecoge al visitante. A primera hora de la mañana o al atardecer recibe a una multitud de fieles que rezan y se apasionan con lo que contemplan sus ojos. La estupa central se alza como un eje del universo, cubierta por 8.000 láminas de oro y coronada por más de 5.000 diamantes y 2.000 piedras preciosas y semipreciosas. Y el conjunto está formado por 82 edificios más. No puedo extenderme aquí sobre sus infinitos tesoros, porque

A pesar de la magnificencia arquitectónica que ofrece Birmania, hay que transitar por los mercados y conocer la sencillez y amabilidad de los habitantes del país.

es la globalidad del conjunto lo que la convier te en excepcional.

En el centro de Yangon se encuentra la pagoda Sule, con más de 2.000 años de antigüedad. Otr os hitos de la capital son el Royal Lake, con su espectacular restaurante en forma de barca real, el Museo Nacional, que muestra objetos de la historia birmana, el mercado Bogyoke y el buda r eclinado de Chauk Htat Gyi, que sorprende por sus proporciones.

Por las calles de la entonces todavía capital patrullaban sin tregua los militares y a las diez de la noche había toque de queda. Pero sus habitantes procuraban mejorar sus vidas y parecen sentirse protegidos por la imagen de Shwedagon que, permaneciendo iluminada, resaltaba sobre la negra noche y competía con sus tonos dorados frente a la luz de las estrellas.

Regreso a Birmania

Hace pocos meses, he regresado a Birmania. La verdad es que tenía ciertas dudas de si volver o no. De mi estancia en el año 92 guar daba un gratísimo recuerdo y durante estos últimos años he tenido un cierto reparo, pensando que el retorno, casi dos lustros después, podría defraudarme.

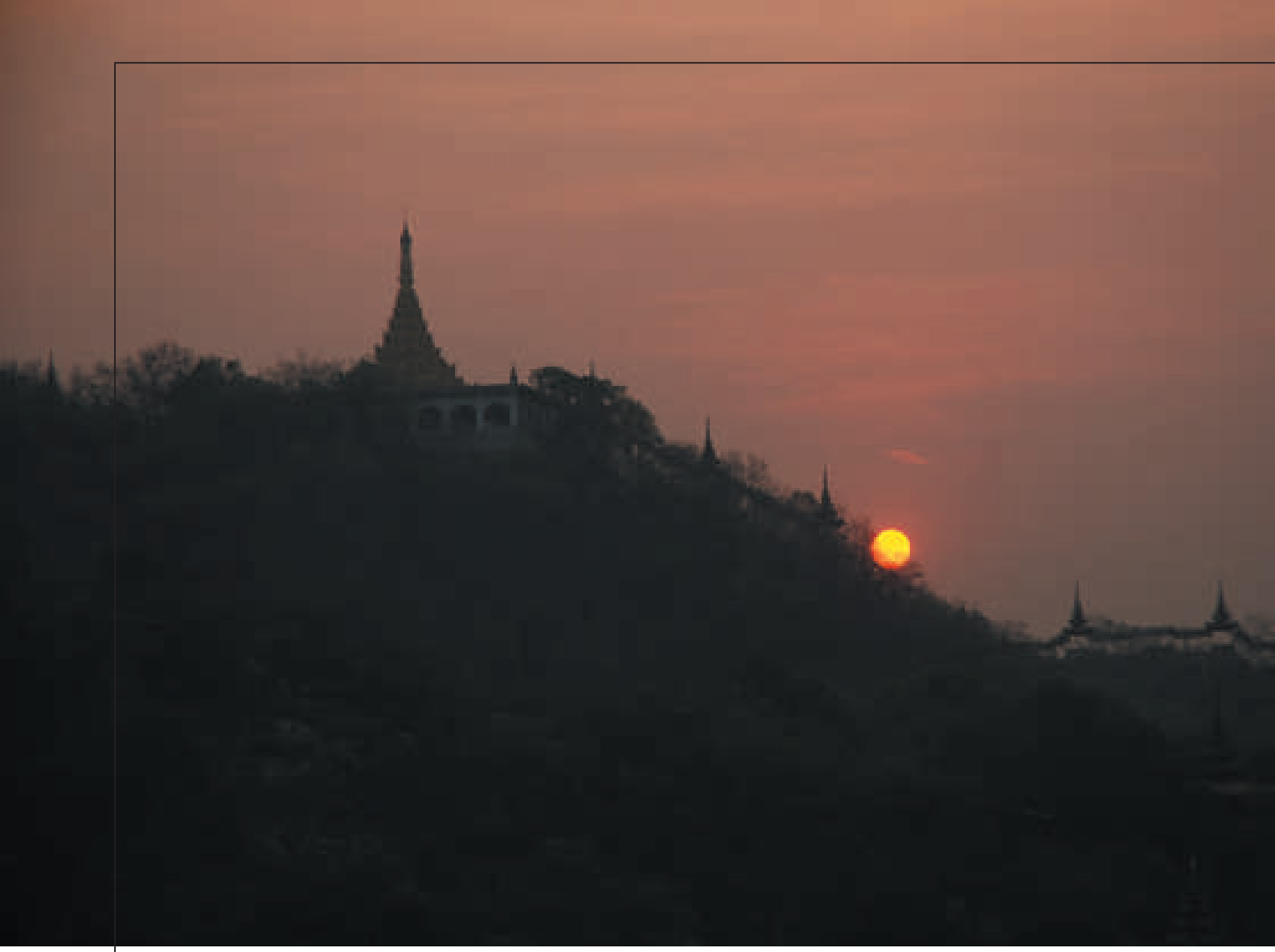
Sin duda el mundo ha cambiado. En aquella época, el país acababa de abrirse al exterior y ahora, no dejaba de repetirme, ya hace más de una década que es visitado por una considerable cantidad de personas que sin duda habrán alterado su equilibrio interior . Porque por desgracia, a medida que el turismo va llegando a un destino nuevo, éste pierde buena parte de su autenticidad. Y produce cambios, algunos positivos y otros tremendamente negativos. Lo que antes eran limitaciones, ahora son comodidades. Cuando antes sólo podías volar con la compañía aér ea con el mayor índice de siniestralidad del mundo, ahora puedes elegir entre varías líneas áereas privadas con aviones nuevos. Si antes te hospedaban donde querían, ahora hay diversas cadenas hoteleras internacionales. Y todo ello a costa de la autenticidad.

Pero al fin decidí regresar. Ningún problema para conseguir el visado, líneas de bajo coste entre Bangkok y Rangún, muchos turistas en el aeropuerto. Y al llegar, mucho más tráfico, muchos letreros publicitarios, nada de presencia militar, ni toque de queda. Tuve que salir a la terraza de la habitación del hotel para contemplar la mágnifica pagoda Shwedagon, per fectamemnte iluminada bajo el cielo de Rangún para reencontrarme con mis recuerdos.

Subir a uno de los templos del inmenso campo de ruinas de Pagán durante la puesta de sol, para revivir las sensaciones que había experimentado diecinueve años atrás. Aunque aquella vez me movía a mis anchas y ahora debía abrir me paso entre las más de doscientas cincuenta personas que se repartían entre las tres plataformas del edificio religioso.

Aquella primera vez se puso a llover y el ar co iris apereció entre las pagodas: esta vez una nube abortó la puesta de sol. También el tiempo influye. Y así mismo habían muchos más turistas en Mandalay y el hecho de que todavía no había llegado el monzón del verano quitaba espectacularidad al caudaloso río y las colinas que lo bordean estaban demasiado resecas.

En la página anterior la espectacular pagoda Shwezagon, el templo budista más sagrado de Birmania. En la presente doble página, distintos aspectos de este universo budista capaz de sobrecoger al visitante, venga de donde venga.



Salida del sol en Mandalay.

Tampoco regresé en tren, sino en avión, por lo que el reencuentro con la capital fue mucho más sencillo. La última mañana la dediqué a la gran pagoda dorada, la magnífica Shwedagon. Allí también había turistas, pero no podían con ella. Las toneladas de oro que la recubren reflejaban un sol de justicia bajo un cielo azul impoluto, y los cientos de per egrinos que la veneran día a día mantenían esa atmósfera mágica y este universo r eligioso capaz de sobr ecoger al visitante. Daba igual que las baldosas te quemasen los pies descalzos, que de vez en cuando se cruzara un turista para posar en una foto, que escucharas cantidad de lenguas distintas al birmano. Los ojos no paraban de maravillarse ante la construcción dorada y los múltiples templos que la rodean. Peregrinos en un ir y venir constante, monjes budistas con sus túnicas características, y miles de budas en todas sus posiciones. Sólo por volver a Shwedagon valía la pena regresar a Birmania.

Es cierto que el país ha cambiado, y mucho más que cambiará. Cambiará para bien porque algún día llegará la democracia y cambiará para mal por que multiplicará por cien el número de visitantes de los que hay ahora. Y llegará el día que los tractores sustituyan las carretas de bueyes y la gente circule por la autopista que están construyendo.

Cuando a lo largo de mi vida, me preguntan cual es el mejor país del mundo para visitar , siempre contesto Birmania. Porque no se trata de un viaje en el espacio, sino también en el tiempo. Después de mi reciente visita, menos, pero todavía mantiene una magia especial que hay que saber encontrar. Por eso la seguiré recomendando.

Lo que ahora deberé añadir es una segunda r e-comendación: que vayan pronto, porque poco a poco perderá buena parte de su encanto. Por ello no me arrepiento de aquella visita del 92, cuando junto a Vietnam y Camboya, que visité a continuación, estaban abriendo sus fronteras al mundo exterior.

Pasé miedo, me costaron mucho obtener los visados, tuve que esconder mi profesión periodística, sufrí incomodidades, pero las sensaciones de aquellos momentos fueron sencillamente espectaculares e irrepetibles. Como otros lugares del mundo que por una serie de circunstancias pude visitar también con muchas difultades: Sudán, Rwanda, Burundi, Etiopía, Madagascar, Papúa Nueva Guinea, Bolivia, Pakistán, Sri Lanka, Bután y algunos más.

El placer de viajar consiste en saber encontrar el equilibrio adecuado entre la contemplación de la naturaleza, el descubrimiento de las distintas culturas y una cierta dosis de aventura.